

El poeta de Hontangas, Serafín de la Hoz Veros

POR

ISAAC GONZÁLEZ MARCOS

Prologa la obra¹ el agustino y obispo emérito de Palencia, Nicolás Castellanos, amigo del autor del *Poemario*, a quien presenta como «un talante poético, visionario de la otra cara de la vida» (9). El mismo Serafín, nacido en Hontangas (Burgos), Bibliotecario del monasterio de Santa María de La Vid (Burgos), introduce su obra con unos poemas titulados *Saludo. Duerme el alma, Temario. Mi bendición y palabra; Justificación. Terapia del alma y Motivación. Leva el ancla, marinero* (17-20). Divide la obra en siete grandes temas: 1) La creación. Toda la obra de la creación constituye un poema (Fr. Luis de León) (33 poemas); 2) Trascendencia. Un cierto sentido religioso (Séneca) (70 poemas); 3) Quietud y silencio. Aspiraciones del alma; (27 poemas); 4) Convivencia. El hombre es un ser sociable (77 poemas); 5) Ensoñación. El misterioso reino de la utopía (44 poemas); 6) El misterio de María. María es de los misterios el más dulce (Miguel de Unamuno) (34 poemas); 7) Advocaciones y santos. Testigos del Resucitado (23 poemas).

La poesía del agustino Serafín nace de la contemplación trascendente y religiosa de la vida. Así desde su balcón «resalta el ‘cedro vitense’ por su formato de flecha / y su mensaje ascendente» (23), o las águilas reales hablan del ambicioso destino... como ya Dios nos previno (24). Todo, tierra, mar, fuego, árboles y flores canta a Dios creador (26); todo lo simple y sencillo es transparencia de un creador amoroso y providente (28), la ar-

¹ HOZ VEROS, Serafín de la, *Tensión del junco (Poemario)*, editado por Rafael Lazcano, prólogo de Nicolás Castellanos, Pozuelo de Alarcón (Madrid) 2021, 371 pp.

boleda, el agua, la fragancia de una rosa, puede aprovecharse para elevar el corazón a la Ternura (29) o estimular sensaciones de plenitud y embeloso, como los acordes de un jilguero (30). Solicita el poeta que sean las montañas quienes eleven a Dios su canto (31), en su tierra parda y noble de Castilla, la iglesia antigua y nido de cigüeña, sugieren tensión de altura (33), pues desea no solo verla, sino cogerla y abrazarla, o verla como estímulo del alma (37). El alma del poeta respira al sentir al hermano sol tan cercano (39), sabedor de que sin sol, agua y tierra no se mantiene la vida (40). Como buen agustino pide la luz y que aceptemos la suya como regalo, para acudir juntos al festival abierto de la vida (43). Lamenta que muchos nacen, pero viven sin sentimiento (44). También el almendro vive en ascuas, en despliegue de tensiones (45). El poeta rechaza las encerromas, pues quiere ver al sol elevarse de la tierra (47). En la natura se esconde / tensión de Dios por su brillo para todo aquel que piense / con perfil de peregrino y extienda sus alas grandes / a lo inefable y previsto (49). Tras las cosas bellas / que al alcance están late un Creador / –¡Santa Trinidad!– (54), el Señor, que besa el alma del poeta con el canto de un jilguero, con el rocío de las flores, con la sonrisa de un niño, la caricia de su madre, la pasión de un hombre libre o el abrazo efervescente de un amigo (55).

El sentido de trascendencia lo transmite Serafín con verdaderas expresiones místicas: el alma mantiene la altura en su vuelo, el alma peregrina, mimada, por gracia enternecida, enflora armonía de luces (59). Y pregunta al hombre miedoso por la pandemia: ¿Dónde tienes escondida / la fe con sus alas blancas; esa fe que no se rinde / ante las fieras borrascas y se apoya en el Mesías, / tu Dios de nuevas alianzas? Ante la pandemia corazón solidario, ejercer de cirineo, salir al encuentro del dolor acumulado (60, 123), abrírnos en plegarias de alto vuelo, con refrendo de un alma penitente (179). En otros escritores no encuentra el autor referencias al sentido religioso (180). El ansia de eternidad tiene dos alas gigantes: admiración y belleza (61). El agua viva es la ternura del Maestro –«amigo que nunca falla»– (63). Porque Dios es belleza infinita, porque ama, crea y recrea, el amor y el compromiso con los hermanos más pobres es criterio para conquistar el reino (64). Varios poemas repiten *Aquí estoy, Señor, Aquí me tienes*. Y el poeta aconseja además: no busques fuera la calma, / ni ansíes fuera el consuelo... Dialogar con Dios requiere / contemplación y silencio, el corazón en las manos / y los sentidos atentos (67). No falta

una plegaria en «estado de alerta» por el COVID-19: Despierta, Señor ... «Brille tu rostro y nos salve», Dios clemente y compasivo. No consientas que esta plaga despliegue un campo de cruces... Si quieres puedes curarnos con pan tierno y bendecido. Las manos de tu Dios son providentes (68, 77). Y en tiempos de pandemia con medidas restrictivas, nada como solicitar el amparo de Dios a través del Padre nuestro (98).

Señala además dónde no buscar a Dios: en la estancia de los intolerantes, insensibles a la dignidad del ser humano, explotadores de cuerpos con hambre, en salas de fiesta y conciertos de ruido, en lugares oscuros y ambientes opacos; y dónde buscarlo: en el campo y grandeza vegetal, en la noble sonrisa de un niño, en la atención heroica y servicio de caridad a quienes sufren, en el silencio, en el sosiego armonioso de la noche clara, en las pateras que llegan cargadas de ansiedad, solicitando rescate y acogida (69), en la mirada limpia y la sonrisa de un niño, en su corazón de cristal ha instalado su tienda (88). No falta tampoco en noviembre un recuerdo para las almas censadas en la luz eterna (71), ni para las soledades, «Dolientes de Viernes Santo» y enfermos (72, 81, 84, 92-93), invitando a elevar el buen sentido a las cumbres de luz esclarecida (85). Sabe que el alma es del Creador, el aliento, la caricia de unos padres, y del poeta su verso, y también llamada de fuego, un ángel que te enciende lo mejor que llevas dentro, un regalo, un privilegio (73), también una sensación sublime con aspiración de cielo (74), lo mismo que el amor es hambre de cielo, compasión, emblema, proyecto de entrega en el servicio al más pobre, al herido en la cuneta, compromiso de fe, tolerancia de credos (75). Apuesta el poeta por luchar y vivir sin miedo, ¡corazones a lo alto! (78), con sus versos de denuncia reivindica la conciencia por la justicia y la paz, la igualdad, una vida sin carencias. Y en el terreno de la ilusión... hasta el encuentro con la luz, con la mirada repleta de esperanza remansada, experiencia para el hombre de plenitud de gloria (80). Y para quien camina con la mirada en lo alto, el Cristo de la sonrisa, que te alzarás sobre sus hombros con ternura que fascina (82). O la cruz para restaurar el alma herida para quien piensa en su destino (83, 89), pues el hombre es peregrino que conoce su destino de cantar con alma abierta (87). Grito del Calvario que resuena hoy en plazas y calles: los que mueren de hambre y de sed desamparados, guerras criminales, hospitales (90). Sentido de la vida y valor del pensamiento es el solo equipaje necesario para el caminante de esta tierra (96). La presencia de Dios en la Belleza alas pone en

el alma y da contento (99). Y en la tierra enferma (por la pandemia) cantar la canción de la esperanza, pues todo viviente en la tierra tiene una hoguera en el alma, que cauteriza pasiones cuando acude a la plegaria (103), esperanza que desea ver fortalecida en un AÑO NUEVO en la vida (104). Y si el hombre como turista requiere esparcimiento, diversiones y juegos, no así el peregrino, que ha de adentrarse en silencio en los paisajes del alma, con hambre y sed de justicia de un corazón inquieto hasta el sublime descanso, en un personal encuentro con lo mejor de sí mismo, donde gravita el misterio (105). El creyente no debe dejar anidar la amargura, el sufrimiento y la angustia, pues el dolor gana sentido cuando la fe lo secunda (107). ¡Hay que levantar al pueblo!, que eleven su dignidad con recurso a la plegaria y colmen sus inquietudes en el reino de la gracia (108).

El poeta necesita afinar cada mañana el arpa de sus sueños... Vivir, amar, soñar... con las estrellas en íntimo apogeo (109) y en la noche de invierno pone su vida en las manos del Señor, Padre del consuelo, junto a los dolores del mundo: los pobres, emigrantes, mujeres asustadas, encarcelados, viudos en soledad, víctimas del terrorismo, enfermo terminal... ¡Cuánto dolor en el hombre sin sutura ni esperanza! (111). Como el denso colorido se forja en el crudo invierno la primavera del alma crece y madura en silencio (113). En silencio el poeta se vuelve místico y exclama: ¡Quién me diera alas de esperanza para desplegarme y volar, trascender las nubes, escalar el Parque de la Luz en brazos de las estrellas y procesar los sentidos hasta refinar el alma! (114). Y así como el racimo y las espigas necesitan cuidados y atenciones, el alma no progresa en hermosura y consuelos que llenen la esperanza, sin la gracia de Dios y su ternura (116). Estamos tatuados por Dios en el anverso y reverso, en su corazón inscritos, por soberano misterio (120). En la p. 122, el poema que da título al *Poemario*: «Lo vi -niño- en la “Presa de las Suertes”: un retoño de junco sin aguante; tembloroso, inquieto y vacilante, sacudido por olas no muy fuertes». Y, sobre todo, el primer día de la semana, anunciar que Cristo ha resucitado en virtud de su alma blanca (124). Serafín canta a la quietud y al silencio y pide que entre en su aposento, ¡sonrisa en silencio, alegría intensa!, invade mi alma, perfila mi ofrenda... para amar en calma (129). Le duele al poeta ver a la gente joven de luz y sueños privada, infectados de ponzoña, humedecida su llama, sin proyectos de utopía, exprimida su esperanza (130). Y tienen que ser los poetas quienes acudan a la plaza con antorchas, entonando salmos de gloria con acento de plegaria, con acordes

de profetas y repertorio de Pascua (130). El autor se sabe poeta y soñador de utopías ¡Qué bueno es haber nacido con la gracia requerida!... para soñar con los astros... en el corazón ternura y en el alma peregrina la mirada más profunda y el verso que lo armoniza (131), tiene en gran estima los ejemplos de su casa y en los momentos bravíos se refugia en la plegaria (132), apuesta por la lectura, donde la fantasía se crece y el intelecto se ilustra (133). En la montaña, la plegaria es doble, la oración, intensa, un ramo de flores y un alma serena. Le hablo a Dios vivo de grave pandemia, esa carne en ascuas, en salas de espera (134). Su deseo es siempre escalar altas cumbres donde descansan los sueños, en alas de gracia viva y el aporte del esfuerzo (135). El lugar que habita no es bonancible, más bien es cautiverio, pero hay que mantener el cirio encendido, antorcha pascual, que es abundancia y misterio (136).

Como buen agustino se siente «criatura en proyecto» y propone «viajar a tus adentros» para descubrirse como «antorcha de luz y vida, sinfonía de alma y cuerpo» (138-139). Y en escenario de quietud y sosiego, viendo en el río la imagen, del junco que templó el agua, la palabra sabrosa del Señor «vengo al encuentro del hombre con semillas de esperanza, para enjugar inquietudes, y abrirme paso en las almas» (140). Ternura y colorido que trasmite un lirio blanco puede ser sosiego para el inquieto peregrino (143). En la cultura del ruido donde aturden decibelios, el silencio es una ciencia que se aprende a fuego lento, y la esencia del canto del poeta, ¡Blanco de nieve para sus versos! (144-145). Incluso con mil pensamientos, el poeta va andando por la tierra con ritmo sosegado y así trasmuta la senda recia en camino verdadero (148). ¿Y ante el dolor humano y la muerte salvaje? La voz de la experiencia: vacilaciones y dudas nunca te acobarden. Cuando el misterio asimiles y en tu alma se afiance, canta y camina (149-150). Para alcanzar las estrellas hay que cuidar con esmero el jardín de los silencios y elaborar utopías donde crecen y navegan el candor y la armonía, la verdad y la belleza (150). El mismo camino de Santiago hay que hacerlo con sosiego, al amparo de la aurora y con atuendo festivo (151). Y para calmar ansiedades, nada mejor que la figura inconfundible de Jesús con cinco llagas (152). Haciendo memoria de «mi viejo», recuerda el poeta, que el mismo agua limpia en la fuente, le sugiere paz enorme (154). Y acercándose la hora postrera busca la Luz y estrellas, anhela calma con ellas y el sosiego de inquietudes y asumir los despojos de mi cuerpo y albedrío (156). Un remanso de paz busca el poeta en el Valle

del Silencio, con los sentidos al aire, la mente en blanco y sin prisas. Allí se inspira, repostada el alma en luz y la llena de armonía (157-158). El hombre es un ser sociable. Los laureles el hombre los alcanza con paciencia y entereza, lucidez y gran destreza; una firme decisión, acrisolada tensión y constancia en fortaleza (161). Ante el sufrimiento hay que refugiarse en la Ternura, abrir caminos nuevos en la vida... y la palma espiritual ... no se te niega (164), o ante una grave dolencia, hazte cargo del momento, mira a lo alto y respira, da un paso más en la vida (165). Todos somos artesanos con arcilla mensajera para armonizar afectos y alentar la convivencia (167). Cada día un canto, un proyecto, un afán, una utopía y un profeta, un verso, un sueño, una plegaria, una esperanza, pero sobre todo un encuentro (168). Y es que lo nuestro, hermano, es cantar, sin repliegues en el alma, cantar 'a fondo perdido' (170). No esperes ser de Cirene para hacer de cireneo, en cualquier parte del mundo puedes ser un hombre bueno (173). Ante el estado de alerta propone el poeta acudir fervorosamente a las Fuentes de Agua Viva, y al sentir de Providencia, con cautelas florecidas, y oración clara y sincera (174). En la historia de la pandemia espera se recuerde a las almas de clausura -siempre para Dios dispuestas- en la invocación sincera a Dios, grande en clemencia y que nos tiene a los hombres tatuados (176). Y cuando amanece creo en el hombre, barro caliente y amo la vida de hoja perenne, bailo al poeta que rima y crece y a su mirada que no envejece (175). En las desdichas, no es bueno acudir al llanto, sino silencio reflexivo, mirada en lo alto y abrirnos a la esperanza en primavera de salmos (177). El alma del abuelo, bien lo sabe el poeta, queda prendida en nosotros, como la cepa al sarmiento (181). Quienes llevaron las andas al camposanto de un compañero de escuela, que diez años no más tendría, sentimos su pronta ausencia (182-183). El pan de cada día es necesario compartirlo en las mesas sin manteles cernido en el mensaje del sagrario (183). A todos los solidarios y servidores en tiempos de pandemia el cariño más rotundo de gente sana y sincera (184-185). El poeta sabe que no va solo en su proyecto, como simple criatura, le acompañan otros profetas, que anuncian compartir en las jornadas su inquietud de levadura (189). El joven tiene que despertar, ponerse en marcha, con claro ideal y tensión fuerte, sus talentos no son diamantes de museo, «canta y camina» sin pausa (190). Dedicar un poema al recientemente fallecido Mons. José Demetrio Jiménez Sánchez-Mariscal, fuerte queja en el silencio (193). El mismo poeta siente nostalgia de su infancia vivida entre jue-

gos y sonrisas y el cariño de sus padres, donde nunca faltó pan, ni sufrimientos, juegos, búsqueda de nidos... infancia irrenunciable, infancia insobornable (195). Hacer memoria en el alma de nuestros seres queridos es mantener en la vida la antorcha de «bien nacidos» (197). Como el almendro que sueña en color primavera, nosotros en la pandemia no debemos temer al invierno, sino hacer del presente una fiesta (199). Pero también se pregunta al ver llorar a un hombre (muerto de virus), sin un gesto de cariño y una mirada indulgente ¿dónde están los responsables de esta torpeza evidente? Exigimos se confiesen culpables... por mentirosos, ineptos e imprudentes y asuman –en consecuencia– la repulsa que merecen (201). Y ante la guerra reserva su compasión para las víctimas, acosados de barbarie por personas sin conciencia. Sabios, niños, poetas, hombres de bien unidos hasta que el hombre cruel ilumine su corazón y la mente se esclarezca, pues es de sabios crear paz y de necios violencia. Con talento, buen humor y cirio de fe encendido, se alcanza paz y justicia y se detiene la guerra (202). Aúna el poeta (que también lo ideal existe en su mente) a los niños que siembran sonrisas, el monje contemplativo, en el coro y en la celda, los ancianos del lugar entregados al silencio, mientras los hombres caminan y trabajan (204), lo mismo que palabras de niebla y sombra o palabras de luz (205). Para el poeta la paz es tesoro activo y la sonrisa del abuelo es la música del alma (206-207). Siguiendo las Cantigas y refranes del vulgo hace crítica de quienes utilizan la mentira para apoltronarse en la silla, reivindicando que la verdad es el camino (209-210), que la vida es muy bella si hay trabajo firme y seguro, libertad y disciplina, moderación en la mesa, criterios solidarios, amplio grupo de amigos, un racimo de creencias... (211). Quienes mueren de covid no son simplemente una pieza de dominó... muere un hombre, no una cifra (212). No se pueden alcanzar grandes niveles sin una vida austera como lo hace el buen atleta (215). Piensa que la pandemia dejará otros buenos frutos con remanso de silencio y decisiones de gracia a la luz del Evangelio (217). Desprecia las noticias de fisgones, chismorreos, consignas a media luz propias de gente mediocre, la canción del poeta postula nuevos acordes (218). El poeta conoce las fatigas del cuerpo y la merma de facultades, por lo cual no se le oculta una lágrima cuando declina la tarde, pero siendo siempre cuerpo y alma unidad inquebrantable y «huerto sellado» en origen, con mutuo apoyo en bondades (220). Y siempre, siempre, mirando al niño que llevamos dentro, como lo mejor que nos queda, pues para ser una es-

peranza no olvides la edad primera (221). Aconseja para hacer un buen poema canción de almendro florido, sensibilidad al alza y precisión en el ritmo (222), pues no cabe mejor tarea, en la tierra y el cielo que recrear primaveras, despertar el sentimiento, humanizar la tristeza, facilitando el encuentro y enternecer a los hombres, en soledad y silencio. Cantad, poetas, cantad: orfebres del mejor verso (223). Pide sobre todo las mejores consignas a los profetas de la luz y la esperanza (224). Ante la tragedia de quien le arrebataron la voz en el mar, «cuerpo de varón, sin identificar», me adorno para rezar, es la sentencia de quien sigue creyendo en el hombre (224-225). Un recurso a lo sagrado en este grave momento de la pandemia que ofrece un nuevo horizonte (226). El poeta Serafín es agradecido y rinde honores al labriego por sus abundantes favores vistos en la era, la espiga resplandeciente y el racimo providente (227). Quien se sienta romero de siete lunas deberá ofrecer sus amores, entre espirales de incienso, su sonrisa y un beso a la Virgen en la Ermita del ensueño (228). Ante las falacias de moda es necesaria una antorcha, sabios con buen criterio para un pueblo sencillo y bueno, que siente, quiere y no sabe distinguir lo verdadero (229) Y ser sabio, apunta el poeta, es «saber estar», situarse, discernir cuál es el sentir de Dios y cuál el papel del hombre (230). Y de nuevo hace referencia a la tensión que debe tener el poeta para mantener su ser en luces blancas: sentirse peregrino, al lado de la alta gracia, por sendas y veredas vaciadas de sentido profundo de la vida: recreado por Dios en nueva alianza (231). Recuerda también Serafín que nació «el Niño de la Patera» y que «Un Niño nos ha nacido» para salir a su encuentro, pero también que aquellos que comparten penurias en situación extrema se sienten favorecidos; aplauden, cantan... y rezan (232-233).

El poeta Serafín se sabe en tierra de poetas, que han cantado en los chopos del alto Duero bellas canciones de amor, y a los que seguro, Serafín, ha leído con profundidad: Bécquer, Machado, G. Diego (234) y en tierra de buen vino, que al cielo el alma levanta, tonifica los sentidos y nos abre a la alabanza, siendo Aranda «Villa Europea del vino» (235). Describe los sentidos de una lágrima: en el alma limpia de un niño, en el joven sin destino, en los ojos de un anciano, en la mente de un poeta (237). Recuerda que somos brasa y que la llama tiende al cielo; todo: palabra, atención, sonrisa servicio, ternura, lucha, tesón, firmeza, en un ideal supremo (238). Define la vocación como insistir aspirando a la corona (239). Ante tanta sangre y violencia sin sentido, que no tiene perdón de Dios, hay que

enarbolar la bandera de la paz (241). Convencido de que solo quien resiste vence, el poeta se apunta a la resistencia (241). En el misterioso reino de la utopía, el ser humano, niño o mayor, necesita alimentarse con presencias de cariños y encuentros de comunión, abrazo confidente, palabra de aliento, gesto fuerte de amor, sonrisa en los labios, privado de los cuales es asfixiar la esperanza, truncar sueños e ilusión, despojar el alma de energía y fulgor (245). Siguiendo al Hiponense confiesa que amar y sentirse amado toda persona precisa hasta iluminar el alma por experiencia sentida (246). Es hora de abrir ventanas y puertas y encontrarnos en la calle con sensaciones diversas para enjugar sinsabores al calor de las estrellas (347).

El poeta, se sabe ascender a las alturas cantando salmos que elevan (248), camino de un mar profundo donde gravita el descanso y flotan en el misterio las gracias del entusiasmo (249) y cuando la noche termine gritará en alto sus sueños y cuando el sol amanezca disfrutar de sus deseos (252), sabedor que de ilusión también se vive (253), paseando de noche en un alado caballito blanco y amaneciendo en brazos de su madre (254), recalando en realidades donde sueñan las estrellas (255), en la cueva Belenita, donde la sombra no existe (256), ante el encanto sublime de María, en el encuentro (257), María, Madre Lactante, lago de PAZ esmeralda, que garantiza privilegios y sosiego de alta gama (261); tocando las alas de una mariposa en rescoldo de solana (258), la paz generada por un beso en el alma y el poder de las caricias (259), soñando en las alturas y en afán sacrosanto humanizar esta tierra, abrir luces en la noche, brindar como hermanos por la paz y la concordia y el amor que pregonaba Jesucristo en el Calvario, ¡el sueño de un simple anciano! (260). María bendice a quienes se acercan a Belén con esperanza (261), la sonrisa es la clave (262), las manos tendidas, el alma como llama que palpita (263), pues ha nacido una sonrisa en la plenitud del tiempo (264), ha nacido el Niño, que busca nuestro encuentro (265), es Navidad en la tierra, aunque el poeta sienta que el hombre navega sin timón y a la deriva, aturdido en 'noche oscura' (266), pero siempre encuentra el misterio y el fulgor de la sonrisa, el rostro de una mujer que se siente bendecida al tener a su hijo en brazos (267), quien transida de Dios al alba, María, observa en la cueva de Belén, el misterio más hermoso que une al cielo con la tierra (268). La ternura del poeta, curada al fuego, ha de ser agradecida (269). Los pastores, por su parte deben mirar al alba, al Niño recién nacido, cantar las alabanzas,

remover las brasas, gritar al alba, respirar el aire limpio y entonar una plegaria (271). Navidad, es sin titubeos, el misterio de Dios Hombre, que en rostro de Niño tierno se acerca al hombre y le mira con las manos en el pecho; es cercanía, aroma de flor de almendro, ternura y mirada limpia, calor de Virgen y ensueño (275), nace de Dios la ternura, fruto de una joven Virgen, hermosa como ninguna (276). Niño que nace desvalido con mensaje de ángeles en gloria que se acerca en humanidad con su latido (280). Exige ello silencio, silencio, que nace el Niño, silencio que crece el Niño, silencio que sueña el Niño (282). Silencio como su madre amorosa, teniendo al Niño en sus brazos, en silencio ensimismada (283), como el poeta vive soñando inquietudes en los silencios del alma (284). ¡Se ha instalado la paz en el corazón del hombre inquieto!, es el verso del poeta (285). Y su aliento espiritual es la ternura (286). Navidad, acudiendo al sentir de los profetas, es Niño en Belén, ojos de Virgen en fiesta, simpatía de un buen padre y aliento de ángeles y pastores... es esperanza gozosa, ternura nueva, luces de amor y bondad, amanecer en la Cueva –‘silencio’, que duerme el Niño– en sublime transparencia. Es Dios... tan Niño y tan cerca (287). La función del poeta es buscar palabras suaves que den al mundo sentido y ensanchen los corazones, transmitir valores, fustigar mentiras, elevar tensión que reine en la tierra la paz que a todos adorne (278), puesto que cada día es más urgente el despliegue de valores, con actitud inteligente, reprimir vanos temores, ser audaz y muy valiente, de acuerdo con los siete dones (279). En el misterio de María se atreve a decir Serafín de la Hoz que la Virgen ha bebido agua limpia en Hontangas, cuna del poeta, “lugar de muchas fuentes” (291). Desde que Jesús nos entregó con ternura a su maternal María, los amigos de Jesús gozamos de compañía (292). En sublime silencio -sumergida en la sorpresa- había recreado el misterio al son de la Providencia (293). Asunta al cielo no quiere el poeta pasar como un cobarde que ante gloria que afecta al ser humano y un misterio tan nuestro y tan mariano lo viva sin fervor y no me guarde (294). No dejar de decir en romance paladino el mundo maravilloso descubierto cuando por su misión cumplida con generosa nobleza, elevada en cuerpo y alma al corredor de la fiesta, donde los ángeles cantan alabanzas de grandeza (295). Antes, claro está, ante el saludo de ensueño, la Virgen de gracia llena, queda prendida en el verso, al entender que el mensaje es la Palabra encarnada, que ha remansado en su seno (296), y su corazón grande y puro -como inmensa llamarada- se recoge ensimismado, se refugia en la espe-

ranza y se pliega al plan de Dios a través de la plegaria... y pronuncia un SÍ rotundo: “Cúmplase en mí tu Palabra” (297; 308-309). Canta el poeta los desposorios de María, “llena de gracia” y José, “varón justo y bueno” (299-300), el anuncio del ángel Gabriel en misteriosa misiva (300-301, 327), el silencio de María para vivir el Adviento, para acertar en la espera y el sentir que glorifica (302), el viaje del júbilo en la visita de María a su prima Isabel, quien se regocija, salta su hijo en su seno, canta una nana inaugurando el Adviento. Misterio de gratitud, de alegría y gozo pleno, expansión en ambas madres, sentido de Dios... y encuentro. Preludio de salvación, por voluntad del Eterno (303). Canta el poeta a la fiesta de la Anunciación, aunque este año sin dulzainas, ni redobles en los pueblos, por el virus, con dolor y desconcierto, pero sin que nada impida compartir los desvelos con las estrellas más altas, donde remansan los sueños, para alumbrar el camino e iluminar los anhelos (304), la fiesta de las Candelas, donde los padres de Jesús aparecen distinguidos con parabienes y aliento, el encuentro de Jesús con la gente de su pueblo (305) y la tierra de Nazaret, cuna blanca en grandeza y atalaya universal de la Flor de Galilea (306-307), la sonrisa de María, la pureza y hermosura de un alma blanca y sencilla; llena de gracia y belleza. Pura y limpia, inmaculada... en el anverso y reverso (310-311), llena de gracia y ternura por tu humilde condición (312). Aves y chiquillos desde la Ribera del río Rianza traen flores para la Virgen de alta gracia (313), concebida sin pecado, limpia de toda impureza, María, cristal de alas (314), fantasía de luces y alboradas, mujer vestida de inocencia, la mujer en transparencia, deslumbre de luz en el camino (315), “la sola esclarecida” (316), madre doliente, con la mirada y sonrisa secuestrada por tres clavos en el “Árbol de la vida” (317). El poeta expresa: sólo quiero estar contigo, descansar en tu mirada, madurar mi pensamiento y reconciliar mi alma; consciente de que la ternura de una Madre colma el corazón del hombre de luz, de paz y de gracia (318-319) y es vidriera de Dios, transparencia sorprendida en un juego de luces y pureza, arco iris de primor y sutileza, milagro de cristal en paz crecida (319). Sabedor de que si Dios está contigo y de su mano caminas... los obstáculos de turno que en tu corazón incidan los pasarás con holgura (320) y que la Niña de alta gracia bendice a los peregrinos que ríen, sueñan y cantan (321) hay que saber que para hablar con una Madre y contarla tus penas, basta que guardes silencio y..., con alma limpia, creas (322, 324). Y pedir a la Virgen de la paz la paz que todos los hombres con urgencia

necesitan (323). Y a la Virgen de los ojos grandes “quiero que acuñes mis sueños con la luz de tu mirada” (326). En la 7 parte: se dirige a la Virgen de La Vid, augusta paloma de piedra, en hornacina dorada, por corazón, un diamante, y una estrella en la mirada, suplicando bendiciones al calor de nueva alianza (331), a la Madre del Buen Consejo, dos corazones en flor, Madre y Niño, que son muchos los que la invocan, peregrinos del Dios bueno (332), pues es tu momento de gloria... el encuentro con María (333), como lo fue en tiempos de Reconquista el encuentro del séptimo rey Alfonso con una imagen de María en el lugar del encuentro: la cueva será su ermita (334-335), o sobre `columna de fuego derramando bendiciones de alta gracia en los márgenes del Ebro (la Virgen del Pilar) (336), o en busca de agua, gente noble y buena, en la fuente de la Cueva (337), o mirando ensimismado, el poeta, la belleza total de tu figura y peregrino de tu brisa (María de la Vid) (338), o de la limpia sonrisa, ante la cual, el poeta viene a mirarse en sus ojos y ve en su sonrisa esperanza, encuentro y acogida, fulgor de gracia y aliento, el calor, suave brisa, tensión de luz en el alma para quien canta y camina (342) o como Antonio, de apodo el Jilguero, escuchar del fondo del Robledal con caracteres de brisa “la Virgen está contigo en tu sonrisa, en tu corazón inquieto” (340), o esa Virgen de la Portería (*Janua coeli*), puerta siempre abierta para quien lucha en la vida con despliegue de inquietudes y la lámpara encendida (341), la Virgen del Lirio sagrado, la gloria de Honrubia, a la que el poeta suplica que en su vida florezcan los lirios, simples y bellos, (343).

Finaliza el poeta con poemas dedicados a Águeda de Catania, mujer hermosa y fuerte, que elige por esposo no a Quinciano, sino a Jesús, que no defrauda (344-345), a los amigos de Dios. Testigos, cuyo historial sobre la tierra en el cielo queda inscrito (346). Carlos Acutis, cuyas devociones troncales a la Eucaristía y la Virgen, piedad reservada a los gigantes, joven y enfermo, muere en manos de Dios en plenitud de coraje (347). Cecilia, Virgen y mártir, para quien Jesús encarnado era su tesoro a quien cantaba a porfía, patrona de quienes saben de música y armonía (348-349). San Bruno, heraldo del rigor, cartujo austero (349). Inés, virgen y mártir, esposa de Cristo, modelo de fe robusta (350-351). María Magdalena, cuya vida cambió de signo, bajo su guía maestra por su mirada y sonrisa en forma clara y expresa (351-352). Santa Teresa de Calcuta, mujer fuerte en la vida consagrada, referente, por Dios y los enfermos agraciada (353). San Francisco de Asís, quien deposita en su Dios la confianza y atiende al ser hu-

mano en su flaqueza, el sentido del amor por el hermano, le agiganta en el mar de la ternura y le imprime ‘carácter franciscano’ (353). San Isidro Labrador, el santo madrileño protector de los más pobres (354). Santo Domingo de Guzmán, de Caleruega, quien vivió en plenitud de miras la compasión por el hombre, fundador de religiosos, agentes de la Palabra que templea y al espíritu ennoblece, devoto de la Virgen del Rosario (355-356). Santa Columba de Sens. Eporita junto al Ebro. Columba en la región de la Galia, donde fue martirizada (356-357).

Buscador de Dios, enamorado de la Virgen de la Cueva de su pueblo natal, de la Vid, y sus advocaciones agustinianas, el de Hontangas, sensible a la luz, los colores y olores, el aire, las estrellas y los sueños, deja plasmado en estos versos su alma de teólogo, místico y poeta. Sensible por las cosas de la tierra, no olvida el atractivo mundo del cielo, conjugando uno y otro con especial armonía, visión y criterio. *Tensión del junco* es un poemario recomendable para mirar en profundidad, compartir la alegría, disfrutar del silencio y estirar el alma. Para el poeta es terapia del alma, intuición y querencia, admiración por la vida, alivio de penas, elevar impresiones, ejercicio de cerebro, dimensionar el arpa, con acordes presentidos, explayarse en libertad y contar violetas, invocar las estrellas, en silencio recogido. Son su fórmula secreta en veredas agridulces, cual forzado peregrino, que no encuentra fácilmente, el descanso en el camino, por más que tenga muy claro las señales y el destino (19). Damos la más cordial enhorabuena al autor de este poemario porque no pocas veces se convierte en oración, mirada profética de la realidad y despierta pasión por la belleza y la ternura. Igualmente, al editor de la obra, Rafael Lazcano, quien ya nos tiene acostumbrados a la impecable edición de obras de singular relevancia de y sobre agustinos.